

Notas

LOS POETAS MALDITOS

Por Ovidio Rincón

Conferencia en la "Cátedra Cervantes"

He tenido siempre por las manifestaciones de la poesía francesa un amor ejemplar, que considero como la mejor parte de mi vida de periodista, de mis posibilidades de escritor. Siempre sucede, al estudiar una vida, que en sus hondas raíces late la esencia poética, el primer hilo del canto. Realmente, si escrutamos la existencia de quienes ahora alcanzan gloria y fama, de quienes escriben una prosa sencilla y medular, halláramos los restos de la tormenta interior. Y quien no haya padecido los primeros versos, y sufrido la primera influencia sentimental, carece de la más amplia noción del mundo, del más dilatado de los paisajes de la tierra interior, que sólo se ven claramente al través del cristal de nuestras lágrimas.

Por uno de esos absurdos extraordinarios en la vida colombiana, y abundantes como pocos, la biblioteca del Instituto Universitario de Caldas estaba compuesta, en sus mejores obras, por tomos en francés. Qué indecibles estremecimientos los que sentí leyendo la prosa límpida, un poco amartelada de Loti. Lentamente la noción de la cultura fue trasvasándose del mundo colombiano al mundo maravilloso que flameaba en la distancia. Yo era el campesino que veía, desde las sombras de su collado, el resplandor de la ciudad remota. Y luego France, y más tarde Voltaire, y un poco Pascal, y otro poco Racine. La poesía francesa advino a mi mundo sentimental en la forma de los poetas malditos y ha constituido al través de mi ejercicio mental, la mejor pasión y una zona de tal decisión que en ella están mis años muertos y mis pasiones antiguas.

El grupo de los poetas malditos me obsesionó por largos años. Desgraciadamente uno de ellos, el marinero varado que fue Tristán Corbiere, no ha aparecido con su obra completa en más libros parvos. Los tres más que

forman el grupo literario, que yo distingo del grupo sentimental, Baudelaire, Verlaine y Lautreamont han sido por muchos años mi lectura predilecta, en las escasas obras que he recibido, de las escasas que escribieron.

Advino la voz de estos poetas en medio de las corrientes románticas que agitaban por ese tiempo la inteligencia universal al través de la francesa. Si quisiéramos definir esta generación, hallaríamos en todos un anhelo de cultura que el romanticismo despreciaba, y que aún consideraba gravoso para el desarrollo de la imaginación desbocada. El romanticismo literario, combinado con el romanticismo musical, ha llegado al tango. El hombre no podía declinar su convicción de ente perdido, de ser desterrado a las trágicas verdades de la carne. El romanticismo ha sido siempre un exceso de pecado, en una carne complaciente, una entrega de nuestras fuerzas al eterno enemigo que vive de nosotros y contra nosotros, tal como dicen sesudos moralistas y graves varones prudentes.

Verlaine presidió al grupo. Sentimental, culto, la primera manifestación de su inteligencia, se demostró en la excelencia de los vocablos, en la limpieza del idioma, muchas veces quebrado garrulamente en busca de nuevas formas de expresión. Su misma manifestación cristiana, sobre las verdades católicas, imponía un alma permeable a los grandes vicios, y accesible a los grandes dolores.

La poesía de Verlaine está llena de extraordinarias contradicciones, sin perder la unidad natural. Corresponde a ese tipo del francés y del mundo, que ama al través de su poesía, su propia alma enferma, su miseria apasionada. Un día, en medio de la abyección, se acuerda del limpio hogar, de la limpia cama, de la mujer limpia que fuera su rumbo vital. Escribe entonces aquellos cantos de las Fiestas Galantes, en que todo brilla de oro y de plata, huele a incienso y a sándalo. Pero la vida del poeta es muy otra; fallece, en medio de su apogeo verbal, en medio de los problemas del pan diario y del lecho aleatorio; organiza viajes disparatados en busca de un público, que si lo admira como poeta lo desprecia como hombre. Siempre el mismo afán de comadres que los humanos asumen para el poeta excelente: saber cómo camina, dónde vive, qué piensa, para amenguarlo en cuanto se ha disipado la atmósfera de misterio que se supone en torno de los alucinados del canto.

Verlaine luchaba, entre tanto, con sus grandes pasiones. Caía bajo las mesas, henchido de absinto y de melancolía, borracho de sueños y de fatiga. Y sobre la mesa, en el crepúsculo distinto de París, tendía la hoja manchada para cantar aquellas endechas encantadoras, que más tarde hemos dicho tantas veces:

“Encantadora mía, ten dulzura, dulzura . . .
 Calma un poco, oh fogosa, tu fiebre pasional.
 La amante debe a veces tener una hora pura
 y amarnos con un suave cariño fraternal . . .

Para más tarde, y en medio de la fiesta galante a que se niega su melancolía, decir a la voluptuosa:

“Dices que se desborda tu loco corazón,

que palpita en tu pecho la más ciega pasión
Deja que clarinee la fiera voluptuosa.
En mi pecho reclina tu cabeza galana
y hasta el alba lloremos, mi pequeña fogosa.

La poesía de Paul Verlaine ha sido llamada al través de todos los tiempos como una de las más tiernas manifestaciones del hombre frente al espectáculo del mundo y de las pasiones que lo dilatan como los azúcares la curva de las frutas y las sales la curva de las lágrimas. En realidad, nadie puede medir esa desidia sentimental del poeta, ese apasionado llamamiento a la verdad y a la calma. Frente a Dios, de nuevo, otra vez a su espalda. Cómo podría adorarte con estas rodillas que sangran de un rozamiento infame, le pregunta a su Creador. Y de regreso de Dios, al hogar perdido para siempre, a la mujer agriada por su olvido. Y el poeta no es nada distinto a una pobre carne errante, con fiebre, por las calles hostiles, tan desprovistas de sombra y de sonrisas. Luego las temporadas del hospital. Y la agonía lenta de la carne, mientras crece la gloria, en su amarillo contorno, y corona el canto la cabeza mongólica, los ojos de almendra, la boca delgada y golosa de las sopas hospitalarias. Así lo vio Darío. Cuentan los historiadores, que en la calleja donde residía fue una sorpresa grande la de los vecinos en cuanto varios señores de sombrero de copa asistieron al mínimo cortejo que llevaba a Verlaine. Siempre los empleados públicos detrás de los poetas, gordos y lucientes, preparadores de cadáveres gloriosos y de laureles de papel dorado.

Al terminar la breve semblanza de Verlaine recordamos la frase desesperada de Barba: Cabe una tempestad en una gota y sin embargo no se conmueven los luceros. Esa gota fue Verlaine, su poesía de lágrima, con su perfume angélico que veía alas en las plantas de las mujeres pecadoras, y crecer la rosa de Dios en los labios de los niños.

Pasemos por alto sobre la obra de Lautreamont. Sería una disquisición difícil e impertinente analizar su libro y estudiar las formas monstruosas que florecen como plantas marinas en las prosas limpias, de sorpresivo estilo, de tan hondas caídas. Estamos en el puro reino de la poesía, como expresión mental y como verdad humana.

Bien poco sabemos de Tristan Corbiere. Su obra, de un solo volumen, tiene el aliento de la Bretaña francesa, el olor de las algas del mar, la melancolía de algunos adioses. Lo demás está lleno por el ronco son del mar, como un caracol de su ruido permanente, del estrépito de sus lejanos oleajes, de su vasto sollozo. Por su poesía bajan los marineros con las botas puestas, como en algunos cantos de Heine, al fondo del mar, a la profundidad del agua salada como el llanto. Pero el agua es apenas el destino natural de los marineros, su cuna permanente. Es un amor definitivo, que tiene las mismas voluptuosidades del amor humano, sus mismas alternas modulaciones, sus mismos ritos nupciales. Y como es un amor inevitable, que se ha de encontrar en cualquier parte, en la vuelta de un día como una antigua mujer que amamos a la vuelta de una esquina, vale la pena para el poeta su canto vertical a la caída de los cuerpos fríos.

Y sobre esta poesía, su poesía religiosa. El roble de las estatuas familiares se viste con la extraña floración del poema, con las hojas curvadas del canto. Sopla sobre el follaje la noción del mundo marino, el viento de la playa costanera.

Santa Ana de Roble, madre del puño desigual,.....

Dice el poeta en uno de sus mejores cantos. Poeta maldito como los de su grupo, aislado del mundo exterior, metido en una vocación como un forzado en su celda, al través de los tiempos su poesía nos llega con el mismo rumor de oleaje. Para quienes hayan leído sus versos, podría decirse que tienen en la oreja el caracol que refracta el mar. He aquí a ese viejo loco y fuerte de Corbiere contándonos un secreto remoto.

De en medio de la llama aiocada y ciega de una inteligencia prodigiosa, Arthur Rimbaud saltó al mundo de las letras, en una antigua ciudad francesa. Lector infatigable, soñador impenitente, muchas veces lo hemos reconocido luego en los mejores momentos de su poesía, un poco burlón de su destino, fastidiado de su condición de payaso lírico. Como en los cuadros famosos en que la vanidad del artista ha añadido su rostro a los ajenos rostros de la tela, Rimbaud es todavía el joven aventurero que ha de ir por los caminos, sin prisa ni afán, en una hazaña que más tarde serviría de engranaje a las novelas de Istrati:

“Yo iría con los puños en los bolsillos rotos,
mi paletó también convertido en ensueño,
bajo tu cielo, Musa, de quien fuera devoto
y qué amores espléndidos no tuviera mi sueño.

Quizás la vida de Rimbaud no fue nunca cosa distinta a un viaje; un viaje al través de su propia conciencia sacudida como un navío oscuro; un viaje por sus sueños, como en el límite de una habitación cerrada. Su mismo destino no es nada distinto a una marcha sobre el universo y a una recorrida sobre el mar, que había soñado más maravilloso, ancho y fecundo de monstruos y estrellas de lo que le dió la verdad geográfica.

Su regreso a la muerte no es nada distinto a la comparación que hace de su corazón navegante. Un día regresará el marinero que ha visto fabulosas Floridas; que ha visto podrirse el Leviatan entre grandes flores de sinuosos perfumes; que ha visto pieles bronceadas de animales escondidos; que ha visto al mar sacudirse de fósforos, y atravesado tormentas en que la luz del mar era más fuerte que la música de la tempestad. Que ha visto todo esto y ha regresado a una aldea europea para, al borde de la calzada detenerse ante la visión de un niño que pone sobre la charca menuda su bote de papel, su barco efímero. La experiencia del mar para la poesía de Rimbaud es una noción falsa de la realidad geográfica y una audaz intromisión por las aguas del sueño.

Mi corazón babea a popa,
cubierto por el humo del tabaco.....

Su pobre corazón de aventurero en la tierra, una pierna gangrenada y el hueso podrido, crujiente, desastillado de sus aventuras de Africa. Y el gran ruido monoconde del mar, pendiente aún de sus cultos torcidos. Terminaría por decir en la tarde de su agonía, antes de perderse por siempre su soneto admirable: El mal.....

DE LA LITERATURA ASCETICA Y MISTICA CASTELLANA

Por Carlos Betancur Arias

Conferencia en la "Hora Bolivariana"

En la vida de nuestra cultura actual alienta el espíritu de los viejos forjadores del pensamiento religioso, que significa, no ya en la era de los cristianos, sino en todos los tiempos, el valor más alto en relación con los quehaceres del entendimiento.

Los estudios llevados a cabo por los investigadores de todos estos problemas nos enseñan que en el fondo del canto hay una clara voz creyente, un pensamiento de orden metafísico, la inspiración venida de lo alto. Se justifica así el pensamiento de Platón cuando afirmó que el poeta es un pequeño dios, un creador, un ser que hunde las raíces de su sentimiento y de su inspiración en las propias aguas de las miradas divinas.

La poesía, por este modo, debe entenderse como una categoría espiritual que gravita perennemente en el ambiente del universo, ordenada de modo directo hacia la belleza.

Todas las actividades humanas de orden intelectual tienen uno de tres fines: la verdad, el bien o la belleza. El hombre, con ser racional ha tenido siempre necesidad de dirigir su pensamiento hacia una de estas tres luminarias infinitas que tienen su centro absoluto en Dios y que de El dimanan para nuestro provecho y perfección relativa. En el centro del espíritu alienta la fuerza viva que nos impulsa hacia estos fines que son meta ambicionada con afán, buscada sin desmayos, deseada con todo el fervor de quien espera cotidianamente algo redentor en el discurso de los afanes humanos. Y esa fuerza secreta, esa íntima intuición que nace todos los días en el espíritu de los hombres desde que alumbró el primer sol en la creación, es la razón del progreso en el orden de la cultura, vale decir, en la perfección relativa que se puede alcanzar para el pensamiento, para la inteligencia, para la voluntad, dirigidas todas estas potencias hacia el hallazgo de sus fines metafísicos.

En busca de la verdad e impulsado por esta fuerza, el hombre ha descubierto las leyes de la naturaleza, ha encontrado la ruta de los astros eternos y ha sabido conocer la influencia que esas moles de luz ejercen sobre nuestro pequeño planeta; llevado por ese afán ha encontrado en el centro de su inteligencia la razón de su ser; la luz de sus esperanzas ha abierto su abanico sobre el corazón en los momentos de sus desmayos; la fe se ha iluminado cuando la razón bucea en las lucubraciones del más allá. Por todos estos caminos el hombre, en su larga peregrinación por la esfera de la tierra, que se cubre a cada instante de lágrimas y sangre, ha ido tras la verdad, se ha acercado al fanal inmenso que desde la razón íntima de sus destinos le grita los secretos para que los arranque con su esfuerzo.

En el fondo del corazón humano imprimió el Creador los mandatos que debían ser pauta y norma de la existencia, mientras gozara la criatura de su libre albedrío. En muchas épocas y en diferentes pueblos esos mandatos fueron borrados por las aguas de las pasiones y arrancados con la garra de los malos instintos. Pero entonces sintió el hombre el grito de su obliga-

ción, la llamada constante de sus destinos ultraterrenos; y pensó que esas leyes si bien escritas bondadosamente en el corazón de los hombres, necesitaban de la humana interpretación, a causa de la flaqueza y miseria del barro arisco de nuestra terrenal estructura. Y buscaron normas sabias, que en muchas ocasiones el Creador hacía patentes hasta de modo sensorial, en medio de sus hombres; y se dijeron las normas que debían seguirse para el cumplimiento fiel de nuestro destino; y aparecieron los moralistas tras el bien, con la antorcha que iluminara la vía de nuestros pasos.

Y queda brillando en el horizonte de las humanas ambiciones, el fanal inmenso de la belleza. Es Dios mismo que en todos los tiempos y en todos los pueblos hace sentir al hombre la grandeza de sus destinos; es la mano munífica del Creador que descorre el velo de su luz, para darnos anticipos de la gloria; es la mirada inmensa de la eternidad que cubre la creación con inefables destellos. El hombre siente la llamada de la belleza y va tras ella con creciente afán, con sed insaciable, con inmensa alegría, con la faz iluminada como si hubiera descubierto las causas del éxtasis. Siente que la procedencia de su espíritu hunde sus raíces y encuentra el hueigo total de su respiro en la belleza, y trata entonces de orientar sus pasos hacia el centro y fanal de donde se ilumina el mundo. Y hay quien diga entonces que la belleza es el fin único de nuestro destino: que Dios es el centro de la absoluta hermosura y que hacia él tendemos, casi sin libertad, como el metal hacia los imanes potentes; que la belleza es la cifra y compendio de la verdad y el bien, su transparencia frente a la razón, su operación en medio de las creaturas; que nosotros procedemos de ella, como la lejana fuente fría que nace un día en la áspera cordillera, procede del mar por las venas secretas de la tierra; y desde entonces hay una fuerza en su propia corriente que impulsa su regreso hacia el océano; cuando hunde su pequeño caudal en uno mayor, cree haber encontrado su fin y su descanso; pero apenas se ha sumado a una fuerza mayor para llegar al final de su camino; nada la detiene: ni la llanura monorrítmica, ni la colina, ni la obra de los hombres; hay una fuerza superior que la lleva hacia su principio primero. Ese es el llamado de la belleza: un día salimos de las manos de Dios y desde entonces ambicionamos la belleza, deseamos su luz, buscamos su contacto; la creación nos habla de la hermosura en todas sus manifestaciones; los ojos y los oídos se extasían diariamente frente a esta maravilla, pero nunca encontramos el goce total, en donde descansen sin más afanes ni ambiciones el espíritu. Después encontramos una belleza creada, quizá en un espíritu de selección que lo hacemos nuestro y lo unimos a nuestro propio caudal emotivo; pero no está ahí el descanso ni el fin de la jornada; si hemos hallado un hueigo, ha sido el de la llanura monorrítmica, que sirve sólo para renovar las fuerzas con las cuales continúe el curso de la existencia hacia el centro amoroso de donde procedemos. Esa fuerza secreta que así nos impulsa y que por tal manera nos acosa hacia nuestro centro final, se llama el amor.

Y por amor el hombre busca la belleza en todas sus manifestaciones: el arte rebuja las formas de armonía que llenen la vida de encantos: edifica las ciudades con líneas severas que interpretan sus ambiciones espirituales; hunde el cincel para labrar las formas de vida y encontrar el detalle armo-

mioso que dé la sensación de lo perfecto; moja en sangre de su propio corazón el pincel que transplanta el árbol de su creación sin formas, al lienzo en donde adquiere vida para el arte; llena con su nostalgia y desespero, con su dolor y sus anhelos, el mundo de cadencias armoniosas que elevan el espíritu como en una especie de ensoñación. Y por último levanta las voces de sus cantos, la expresión de la poesía universal, para sentir la nostalgia de Dios que llena toda la vida intelectual y afectiva con su inefable presencia.

A este último modo de expresión de la belleza, en su forma más pura y genuina, en la que brota a impulsos del mayor de los amores, y restringiendo su sentido a la lengua castellana, es al que voy a referirme por breve espacio.

Sabido es ya que el amor es impulso motriz para todas las concepciones de la belleza. El amor es, por este modo, la llamada constante que nos hace la hermosura, en todas sus manifestaciones. Por eso debe ser absoluto o relativo, según que se refiera a Dios, como nuestro único fin, o a las criaturas en relación con Aquél. Cuando el hombre entra en su propio interior, discrimina las razones de su existir, encuentra vanas y deleznales y efímeras y pasajeras todas las cosas de la tierra; entonces ambiciona algo más, busca un plus ultra, en dónde clavar las flechas de su esperanza. Se topa con Dios en el centro de su espíritu, en la morada de diamante teresiana y, si a más de semejante emoción, tiene los dones naturales, que no quita la gracia sino que perfecciona, propios para la expresión poética, se produce el canto inefable de semejante belleza.

La obra poética que tienda a darnos un conocimiento mejor de lo bueno, lo verdadero y lo bello, y nos incita a seguir tras este triple postulado, será ascética; encarnará el sentido misional de lo que convence y arrastra, de lo que llama y guía, de lo que ofrece al final de la jornada un descanso verdadero.

La poesía que brota en medio del lírico entusiasmo de un arrebato extático, de una inspiración que tiende sus alas sobre la miseria de nuestro ser actual y del flaco discurrir de nuestras pasiones terrenas, es, en términos generales, mística. Alguien se atrevió a afirmar que toda poesía de sentido lírico, es decir, en donde hubiera un marcado predominio de lo subjetivo, es mística, porque no podrá desligarse la genuina emoción del sentido religioso que nace en el fondo del ánimo, de la inspiración brotada del desprecio por las formas terrenas y materiales de la existencia.

Pero hay que tener en cuenta que la expresión, no empece que corresponda a un orden perfectamente espiritual—y por la pobreza de nuestro léxico,—se adapta a las formas humanas del sentir y del amar. De ahí que las más altas cifras de expresión mística, como el Cantar de los Cantares de Salomón, digan su belleza, expresen su amor, lloren su vacío, griten sus anhelos y querer con las palabras del amor de los humanos porque no habría otro medio de significar tan altos sentimientos. En la misma forma se expresa San Juan de la Cruz en el "Cántico Espiritual", cuando asemeja el alma en desazón y sin reposo, con la desposada que va en busca de las huellas del que quiere y ha escogido su corazón.

Las dos formas de producción literaria, la ascética y la mística, se co-

bijan, entre profesantes de estas materias, bajo el término genérico de "Literatura Sacra".

España, en todas las épocas de la literatura, desde que balbucea sus primeros cantos el romancero, tuvo cantares sacros; la índole de ese pueblo le inspiró siempre la poesía de orden religioso, que mostrará al creyente las verdades sobre las cuales gravita su existencia y espera su espíritu. Por eso no es raro encontrar el nombre de Sancta María unido a la plegaria sencilla del juglar que empezaba a recitar e a cantar las hazañas de su héroe; ello nos explica la actitud religiosa del señor de Vibar cuando, desterrado, comulga en San Pedro de la Cardeña y se encomienda a las oraciones del abate don Sancho; ofrece mil misas a la Virgen y sueña con un arcángel; nos da la razón de la narración sencilla y poética del milagro de la casulla de San Idelfonso que nos poetisa Berceo; de las constantes plegarias del Arcipreste cuando quiere explicar, sin conseguirlo, las diferencias que existen entre el amor terreno y el "buen amor"; la ortodoxia hecha normas científicas de don Alfonso el hijo de San Fernando, encuentran en ese sentido universal su cabal explicación; allí está la raíz de muchos sonetos del primero, cronológicamente, de los líricos españoles, don Juan de Mena; y allí radica la fuente de los consejos maravillosos que escribe, con su genial dón artístico, para su hijo, el Marqués de Santillana. Y llegados así, por arte y gracia de la premura que tenemos en este corto lapso, al siglo de oro de la gran literatura española, nos encontramos con que no hay ni uno solo de los autores geniales de esta época, que no pueda considerarse como poeta sacro, porque en el espíritu de todos ellos alentaba la verdad religiosa y en ella escanciaban mielys para saturar su inspiración.

Reduzcamos la consideración inmediata a dos personajes que llenan todos los siglos posteriores por el dón maravilloso de sus poesías sacras, en donde alienta el espíritu religioso, la total concepción espiritualista de la existencia y de la poesía, la inspiración divina que enseña a buscar en las altas colinas de la belleza el punto céntrico para la contemplación admirada del universo.

España había llegado en esta época a consolidar su idioma y a unificarlo; no otra cosa había sucedido a la sazón con todas las restantes manifestaciones artísticas: Juan de Herrera había dado ya unidad arquitectónica a lo que se llamó estilo grecoromano español; la escuela pictórica tenía su cabal definición en la obra peculiar del Greco y de Morales; Victoria había organizado y definido con unidad nacional la música española, dentro de las influencias del renacimiento italiano de Palestrina; y todos ellos habían llenado de bellezas, en el orden de la escultura, la pintura y la música, las amplias naves y salones del Escorial, adornado de oscuros crespones, como su vestido, por Felipe el prudente.

En el centro de toda esta armonía artística, la **intelectualidad** y la **afectividad** se patentizan en dos grandes tratadistas sacros y altísimos poetas: Fray Luis de León y San Juan de la Cruz.

El de León, el poeta salmantino, es la figura que representa de modo completo y singular el renacimiento religioso de esta época, por la sabiduría de sus conceptos y la nobleza de su estilo. Erasmista por la libertad en su

critério y en sus iniciativas y por lo universal de sus conocimientos, era profundamente católico y sus doctrinas y sus poesías están ajustadas a la noble verdad que profesamos. No era un destructor sino un gran constructor en el orden de las letras y de la sabiduría. Una de las más completas y cifradas figuras de una época que recibió, con amplia noción de la munificencia, los dones del renacimiento.

Fray Luis fue escriturario famoso, neoescolástico de las obras latinas, poeta y prosista consumado en castellano. Y si nos atenemos a este último concepto y miramos su compleja personalidad por este solo aspecto, encontramos una obra, en poesía, relativamente breve, pero intensa, que llena los postulados de una etapa de la vida castellana que no ha tenido par en ninguna de las regiones ni tiempos del universo. Su alma hebrea llena las traducciones de los salmos y sus paráfrasis, entre las que se encuentran obras de tan acabada perfección lírica como el salmo "Benedic anima mea" que adquiere contornos de creación original. La perfección serena y viva de sus grandes producciones líricas, había sido aprendida en Píndaro, Horacio y Virgilio. El primero le enseñó los secretos de remontar el estro hasta el olimpo, y los segundos le dijeron de la sencilla belleza que se encuentra en el recato de la égloga, y en la pequeña y escondida enseñanza de la geórgica. Y así sus traducciones de temas profanos llevan siempre el sello de la mística ascensión, serena y dulce, sin arrebatos ni explosiones, sino plena de seguro conocimiento y firme esperanza. Sus traducciones de índole escrituraria alcanzan un sentido superior, algo que se eleva sobre el pensamiento y encuentra las regiones inmarcesibles del dón gratuito de la inspiración: Quién podría imitar aquella traducción del "De profundis", que empieza: "De lo hondo de mi pecho—te he llamado, Señor, con mil gemidos;—estoy en grande estrecho;—no cierras tus oídos—a mis llantos y tristes alaridos..."? Las imágenes poderosas y clásicas del original, en otros pasajes, adquieren en este agustino una fuerza y gracia tan singular que sería imposible superarlas: aquel versículo que dice: "Qui dat nivem sicut lanam: nebulam sicut cinerem spargit", adquiere en castellano, por obra maestra de Fray Luis, esta medida: "Envía blanca nieve—como copos de lana carmenada;—aqueste es el que llueve,—y esparce niebla helada,—menuda cual ceniza derramada".

En sus poesías originales aparece, en lugares, el imitador de Petrarca. Así se muestra en la canción que empieza "Virgen que el sol más puro", con la que da pábulo a sus aflicciones de la cárcel de Valladolid. Ya en la plenitud de su lírica aparecen las mejores odas: "A la Ascensión", que es digna de todas las antologías; "A Felipe Ruiz", "Morada del cielo", "Vida descansada", en donde imita a Horacio y lo somete al pensamiento del creyente.

En todas sus obras poéticas asciende a Dios; encuentra la plenitud de la lírica cuando remonta su pensamiento y su inspiración a las moradas de plenitud y de hermosura. Todos sus conceptos, toda su intelectualidad, todos sus grandes conocimientos en el orden de las investigaciones, están afirmados por su fe y por su esperanza y por su caridad. Las tres virtudes de Dios pesaban siempre sobre su obra de intelectual y de cristiano.

Si Fray Luis representa la intelectualidad, San Juan de la Cruz, el místico de Ontiveros, representa la cumbre emocional de la lírica sacra española. Desde sus obras primeras, en donde hay residuos de la antigua poesía española de los

cultivadores sacros, coleccionada en los cancioneros religiosos, de las obras de Garcilaso que él arregló, como han dicho, "a lo divino", el carmelita revela la ternura y suave patetismo de su alma inflamada de amor a su Dios.

De él dice el P. Sabino de Jesús, de su misma orden, que una "triple diadema de gloria orna sus sienes: su santidad, que, a juicio de Teresa de Jesús, hacía de él una de las más grandes almas de la Iglesia de su tiempo; su ciencia espiritual, por la que será perpetua y universalmente aclamado doctor de la Mística, y su cualidad de artista soberano".

Varón que gozó de las experiencias místicas directas, y tenía la facultad exquisita de expresarlas, es el más alto exponente de la mística castellana. Sus producciones en este orden han recorrido en medio del universal aplauso los siglos que siguieron al nacimiento de Juan de Yepes y Alvarez, y han sido vino de todos los pueblos que gustan de escanciar, en brillante copa de imposible factura humana, las más encumbradas bellezas que dicta el amor, en su más honda plenitud. Porque el místico de Ontiveros supo de las fruiciones inefables que Dios da a quienes se llegan a su tálamo, en la séptima morada de sus gracias. Y allí los abraza en el deliquio y fuego vivo de su amor, les arroba el corazón, les plenifica la inteligencia y acrecienta el deseo de la íntima y suprema unión con él. Cuando el santo, lleno de tan suaves deliquios y presa de tan altos anhelos, quería darles la expresión humana, encontraba apenas la queja solitaria del alma desposada que se sentía abandonada del escogido: "Oh Valles y espesuras!—Decid si por vosotros ha pasado". Y era el amado eterno el que había sembrado la belleza con la luz en las cosas creadas; era él el que había vestido de hermosura todas las obras con sólo su contacto.

Así lo ha hecho sentir el místico por antonomasia de nuestra literatura, a todos los que han ido a buscar belleza en las obras salidas del entendimiento del hombre.

Y después de él, está Santa Teresa, su compañera de reformas, que es la representante de la tendencia popular, sensorial, de impresión y ternura en esta clase de producción poética; porque era alma ferviente, aguda, de honda penetración, con poderes de adivinación de los resortes del corazón humano y con capacidad para adueñarse de la voluntad de los demás.

Y no menos interesa a nuestro estudio Malón de Chaide, el autor de "La Conversión de la Magdalena", que sigue los pasos de los autores ascéticos y místicos en la técnica de estas difíciles disciplinas.

Y es Fray Hernando de Talavera el que, tal vez, inicia la serie de tratadistas ascéticos, que tiene continuadores en Juan de Avila y Fray Luis de Granada.

Y la mística adquiere sus formas clásicas en España, como cuestión teológica, en Cristóbal de Fonseca, que abogaba por la tradición de los padres de la Iglesia que escribieron con galas y que pueden compararse a los pintores que dan verdadera vida interior a sus lienzos; en Alonso de Orozco, que con su "Memorial de amor santo" ejerce una decisiva influencia sobre esta doctrina y ciencia.

El tema es inagotable. Las bellezas que encierra una lucubración de este sentido, nada importa que tenga la floja urdimbre que yo he podido

darle, elevan el espíritu, dignifican la vida, justifican en mucho los sinsabores del diario laborar y sufrir. Si la hermosura nos reconcilia con la vida y nos acerca a Dios, el conocimiento de estas bellezas humanas que están más cerca del Creador por las fuerzas de la inteligencia y de la voluntad, nos postran al pie de su trono soberano y nos hacen dormir para el ensueño sutil de la gloria. No creo que en los flacos placeres que pide a diario el poco de barro arisco de que estamos formados, se encuentre la belleza ni por consiguiente el amor. La belleza sensorial tiene su función humana, es cierto, pero entre ella y la espiritual que nos lleva por modo directo a la absoluta, existe la diferencia que hay entre Dios y las creaturas, entre el espíritu y la materia, entre la mística y la ascética.